

La literatura folklórica argentina*

Alicia Lidia Sisca

Dentro del universo que expresa este título estableceremos primero, ceñidamente, el significado y el alcance de los vocablos "literatura" y "folklore" y luego, delimitaremos un tema de la literatura folklórica argentina, que creamos fundamental.

Hablar de literatura es hablar de creación o mejor de recreación del mundo y de la vida del hombre, a través de la palabra estética. Entre la existencia humana y las cosas, el escritor inventa la palabra creadora que le da voz al misterio, porque esa palabra es reflejo de la Palabra, del Verbo, cuya presencia victoriosa quebró el silencio absoluto. El artista descubre las correspondencias armónicas de la realidad y dotado con el don de la bella expresión genera un mundo intermediario entre el hombre y lo que lo rodea, frente al cual el viejo mundo de las cosas se rinde y permite la visión de su figura originaria.

Este exquisito placer espiritual, que es la literatura, se ha vuelto cuestionable para la mentalidad de hoy, signada por el rédito, la posesión física de las cosas, la disponibilidad arbitraria, la idolatría de lo efímero. Sin embargo el valor de lo gratuito, la existencia y la necesidad de lo que "no es medio para" y la eficacia y duración del goce del espíritu siguen estando en lo más profundo de todos y cada uno de los hombres. Al Espíritu, a ese germen redimido que nos da dignidad humana, apunta el escritor a través de su obra. Tal vez la literatura no explica nada, pero gracias a la literatura todas las cosas se vuelven explicables y el "caos" se transforma en "cosmos".

Para referirnos al término "folklore" debemos remontarnos a 1846, fecha en la que William John Thoms lo caracterizó de manera tal que aún tiene vigencia. Su definición apenas modificada es: "aquella parte de la Ciencia del hombre (o Antropología) que abarca el saber tradicional de las clases populares de las naciones civilizadas". En ella está la idea de la preservación de los bienes que integran el patrimonio sumergido o SUBSTRATUM porque en la vida nacional ha quedado encubierto por el SUPERSTRATUM que llena la superficie. Aquí la palabra FOLK no se identifica con público al cual se dirige el escritor, ni con pueblo en sentido político o demográfico. El pueblo deposi-

* Conferencia dictada en el V encuentro cultural ASEC Sor Juana - Universidad del Salvador. México - Argentina. Mayo de 1989.

tario del "folklore" se diferencia de los grupos que mantienen sus propios géneros de vida y la unidad de su cultura (en América, numerosas poblaciones indígenas no incorporadas a la civilización blanca y estudiadas por la Etnografía) y también de los círculos "superiores", dirigentes, ilustrados, urbanos. FOLK es el pueblo de vida tradicional en el cual se aprende gracias a la magia del habla, al ejemplo imitado, a la adquisición empírica. El patrimonio cultural de ese pueblo persiste si satisface una necesidad colectiva (ya sea biológica, económica, profesional, social, jurídica, religiosa o estética) vale decir si cumple una función. Por otra parte el pueblo, tal como lo estamos caracterizando, prefiere la localización de tipo rural, en la cual pueden fusionarse hombre-naturaleza, cultura-tradición.

Esquemmatizando con Augusto Raúl Cortazar diremos que los fenómenos folklóricos son populares, empíricos, de transmisión oral, funcionales, tradicionales, anónimos, socialmente vigentes y geográficamente localizados.

Parte de esos fenómenos folklóricos está constituida por leyendas, mitos, cuentos, romances, coplas, villancicos y tantas especies más que cumplen con estos requisitos. Según las distintas regiones de nuestro extenso territorio, son distintas las características de dichas especies. A todas ellas las denominamos folklore literario.

Otra cosa es la literatura folklórica. Junto a estas creaciones tradicionales fueron surgiendo otras, inspiradas en temas del folklore literario reelaborados por un determinado autor, destinadas a un público preferentemente urbano y transmitidas por medios institucionalizados. Estas, que son la proyección de las primeras o la expresión de aquéllas pero fuera de contexto, las denominamos literatura folklórica. También, según las regiones se diferencian las distintas especies.

Nosotros vamos a tomar, dentro de la literatura folklórica argentina, aquélla que surge en la región pampeana y rioplatense, ámbito de un género de vida peculiar, vivido por un ser humano totalmente consustanciado con su ambiente natural: el gaucho. Este se formó en la planicie y bajo un clima templado. Fue el hijo mestizo de la pampa, ese desierto siempre verde, con cielo siempre límpido. A lo lejos, la vista fatigada por la inmensidad sin población, podía situar rebaños cimarrones, caballares y vacunos. Tras el horizonte estaban los indios frecuentemente dispuestos para el ataque. El gaucho se dedicó al pastoreo de manera especial: sin límites ni sujeciones a autoridad alguna. Las repetidas luchas para defenderse de los malones y las dimensiones del terreno solitario templaron su físico y su alma: fuerza y fortaleza se conjugaron en viril equilibrio. Durante la época colonial y hasta pasado el primer tercio del s. XIX, su vida fue una epopeya: desde la iniciación pastoril hasta su servicio como soldado de la independencia y centinela de la civilización en los dominios del indio, fue un héroe. Pero, apenas orga-

nizada la República y resuelto el problema indígena en las fronteras, junto con el progreso comenzó la decadencia de su estirpe.

Jorge Luis Borges en 1972, en su poema "El gaucho" de *El oro de los tigres*, expresa en las primeras estrofas:

"Hijo de algún confín de la llanura
abierta, elemental, casi secreta,
tiraba el firme lazo que sujeta
al firme toro la cerviz oscura.

Se batió con el indio y con el godo,
murió en reyertas de baraja y taba,
dio su vida a la Patria, que ignoraba,
y así perdiendo, fue perdiendo todo.

Hoy es polvo de tiempo y de planeta;
nombres no quedan, pero el nombre dura.
Fue tantos otros y hoy es una quieta
pieza que mueve la literatura. [...]"

Sin embargo la literatura, la palabra creadora dio voz al misterio y el poeta José Hernández descubrió la correspondencia armónica entre la forma de ser del gaucho, sus costumbres y nuestra realidad nacional. Por eso la literatura folklórica llamada gauchesca, pues refleja la vida del gaucho, es la recreación poética de lo que constituyó el origen del alma del pueblo argentino e inició nuestro "ethos" cultural, que por mestizo es cristiano. En ella se da el trasfondo histórico de la evangelización que palpita y da identidad semejante a los pueblos hispanoamericanos.

El ejemplo acabado de la literatura gauchesca es una obra cuya 1ª edición, en 1872, *El gaucho Martín Fierro*, fue recibida por los gauchos como una insuperable expresión de sus voces y de sus sentimientos, a tal punto que se apropiaron y casi exigieron la segunda parte, a la que le pusieron nombre antes de ser escrita por José Hernández. En efecto, *La vuelta de Martín Fierro* apareció siete años después, cuando de la Primera parte se agotaba la 11ª edición. En total hubo 21 ediciones de la misma y 19 de la Segunda parte en poco más de veinte años, lo cual demuestra, fehacientemente, que *Martín Fierro*, nombre definitivo que se adopta a partir de 1910, cuando se publican por primera vez las dos partes juntas, llegó enseguida al pueblo. Es que *Martín Fierro* es la expresión poética de esa conciencia colectiva desde la cual se puede rastrear la literatura popular anterior, seguir líneas de sentido cristiano en la posterior y dar luces para hallar esa conciencia y este sentido en la literatura y en el argentino actuales. Además, a pesar de ser expresión de una clase mayoritaria y sufriente, logra convocar a todo el pueblo y ser expresión nacional. De esta manera el autor ahonda en la esencia del hombre

argentino en la que encuentra la esencia del hombre cristiano, pues entrar en contacto con el poema es asomarse a "el destino humano", ya que presenta una experiencia de fracaso (con un cantor que la anuncia y un auditorio inmenso que está en la misma situación) y los pasos que invariablemente sigue el hombre que tiene dignidad: primero la subsistencia, aguantando, rebelándose y huyendo; luego la trascendencia, redimiéndose, respondiendo a los valores que le dan sentido a su vida, que son los valores evangélicos.

El cantor, que es maestro, tiene la autoridad del que enseña porque ha aprendido gracias a la misma experiencia de los que lo escuchan y ha pasado de la "ceguera" a la lucidez. Cantando realiza una reflexión sobre la historia que lo ha constituido, llena de desdicha, y la emplea, generalizando, para demostrar a sus congéneres la situación comunitaria de la existencia humana. Cantando también demuestra que a pesar del sufrimiento y las circunstancias injustas en las que vive el hombre debe seguir luchando, pues sabe que como tal es más que su fracaso, tiene un quehacer en este mundo y tiene además ideales éticos y religiosos que le permiten trascender y lo engrandecen.

"Mas quien manda los pesares
manda también el consuelo;
la luz que baja del Cielo
alumbra al más encumbrao,
y hasta el pelo más delgao
hace su sombra en el suelo"

(*Vuelta*, III, v.v. 367-372)

Formalmente la *Ida* consta de poco más de 2300 líneas divididas en 13 cantos y la *Vuelta*, casi 4900 en 33 cantos. Estos nombres sintéticos, que evidentemente responden al argumento del poema, también tienen que ver con el peregrinar del alma humana, descendiendo y ascendiendo, alejándose y acercándose al verdadero camino.

Salvo poquísimas excepciones los versos son octosilábicos, reunidos predominantemente en sextetas de rima consonante, pero sin rigidez retórica. De esta manera remeda la forma natural del canto de los gauchos que a su vez refleja la poesía popular española. Si bien la sextina consagrada por José Hernández tiene sus peculiaridades es indudable la factura de tradición hispánica. Estas pequeñas unidades trasuntan autonomía por la forma en que están concebidas: los dos primeros versos inician, con precisión y justeza, la enunciación. Los dos siguientes aflojan un tanto la tensión obtenida para dar, por contraste, mayor fuerza a los dos últimos, en los cuales logra el remate perfecto:

"Aquí me pongo a cantar
al compás de la vigüela,
que el hombre que lo desvela
una pena extraordinaria

como la ave solitaria
con el cantar se consuela."

(*Ida*, I, v.v. 1-6)

"Atención pido al silencio
y silencio a la atención;
que voy en esta ocasión,
si me ayuda la memoria,
a mostrarles que a mi historia
le faltaba lo mejor."

(*Vuelta*, I, v.v. 1-6)

De esta manera con las dos primeras estrofas de sendas partes nos sitúa en el tema de cada una: la desgracia de ser gaucho y la modificación de esa actitud, después de recorrer el camino de la huida y las experiencias de soledad, angustia y llanto.

En muchas ocasiones esos dos últimos versos son verdaderas sentencias o refranes (que pueden ser recreados por Hernández o tomados directamente de la sabiduría popular) en los cuales se desarrolla el sentido de vida cristiano:

"Nací como nace el peje
en el fondo de la mar;
naides me puede quitar
aquello que Dios me dio;
lo que al mundo truje yo
del mundo lo he de llevar."

(*Ida*, v.v. 85-90)

"Procuren de no perder
ni el tiempo ni la vergüenza;
como todo hombre que piensa
procedan siempre con juicio;
y sepan que ningún vicio
acaba donde comienza."

(*Vuelta*, XXXII, v.v. 4720-4726)

No cree que la adversidad sea causada por hombres individuales, sino que es destino de injusticia:

"Viene el hombre ciego al mundo
cuartiándolo la esperanza,
y a poco andar ya lo alcanzan
las desgracias a empujones;
la pucha que trae liciones
el tiempo con sus mudanzas."

(*Ida*, II, v.v. 127-132)

Por eso frente a ella primero se rebela, luego madura y finalmente se transforma:

"Aunque muchos cren que el gaucho
tiene un alma de reyuno

no se encontrará ninguno
que no lo dueblen las penas,
mas no debe aflojar uno
mientras hay sangre en las venas."

(*Ida*, VI, v.v. 1117-1122)

"El que obedeciendo vive
nunca tiene suerte blanda,
mas con su soberbia agranda
el rigor en que padece,
obedezca el que obedece
y será bueno el que manda."

(*Vuelta*, XXXII, v.v. 4715-4720)

El contenido del poema nos ayuda a comprender el movimiento interior del alma, que corresponde a la experiencia vital de Martín Fierro y su doble camino: la ida al desierto, el exilio y la vuelta a su propia tierra y a su propio ser de hombre y de pueblo.

El gaucho vive feliz una vida de trabajo, de familia y de amistad. De repente todo cambia: es echado a la frontera por decisión arbitraria de la autoridad. Fierro aguanta pero la situación de injusticia se hace insostenible y entonces se escapa. En lugar de su rancho encuentra una "tapera" y pierde "hijos, hacienda y mujer". Entonces se rebela y se hace malo. Perseguido por desertor y matrero decide irse con su amigo Cruz al desierto, para intentar vivir con los indios, donde no llega el poder de la autoridad. Al finalizar la *Ida* ha emprendido un verdadero autoexilio:

"Y yo empujao por las mías
quiero salir de este infierno;
ya no soy pichón muy tierno
y sé manejar la lanza,
y hasta los indios no alcanza
la facultá del Gobierno."

(*Ida*, XIII, 2185-2190)

La *Vuelta* marca el retorno, pero previamente tiene que pasar por dificultades y sufrimientos aún mayores. El punto clave, el que marca el giro del poema y corresponde a ese movimiento interior por el cual Martín Fierro se transforma, es el episodio de la cautiva.

Llorando junto a la sepultura de su amigo Cruz, descubre que una cautiva está viviendo una situación mucho peor que la suya. Primero: está allí contra su voluntad (no por propia decisión); segundo: es acusada y maltratada injustamente por un indio y tercero: acaba de ver cómo el salvaje asesina a su hijo. Ante eso Martín Fierro se pone de pie (física y moralmente) y con altivez heroica y sentido de justicia defiende y libera a esa madre y a su vez se defiende y se libera de su propio cautiverio... y vuelve: